

EL ALMA DE MADRE TERESA: ASPECTOS OCULTOS DE SU VIDA INTERIOR

(Parte 2)

© Fr. Brian Kolodiejchuk, M.C.
Postulador

Todos los derechos reservados

Introducción

Una vez que Madre Teresa comenzó su trabajo en las calles de Calcutta, una dimensión nueva caracterizó su experiencia interior: dejó de sentir la intensa unión con Jesús que anteriormente había sentido. La consolación de la presencia sensible de Dios dió lugar a un sentimiento de separación de Él. Con el dolor de su pérdida, su deseo de Dios se hizo mucho más agudo y penoso. Estaba encontrando a Dios en el mayor grado de oscuridad de un fiel desce y siendo desafiada a abandonarse a Él con una confianza ciega.

Esta experiencia de prueba y de la purificación es, de hecho, una característica normal del crecimiento espiritual. Las personas que han ya han sido libradas de los apegos a las cosas de este mundo gozan de un cierto grado de unión con Dios. Luego pueden experimentar periodos de intenso sufrimiento espiritual, que uno de los más conocidos místicos cristianos, San Juan de la Cruz, llama "la noche oscura del alma". A través de tales pruebas, Dios purifica más y más el alma y prepara la persona para una mayor unión con Él. Dios retira las consolaciones espirituales para desprender la persona de todo lo que no sea Él. En tal oscuridad la dulzura de sentir la cercanía de Dios da lugar a la dolorosa sensación de alejamiento e incluso del rechazo de Dios. El alma puede incluso ser tentada con el pensamiento de la no-existencia de Dios y del cielo. Parece incluso que todos sus esfuerzos de creer, esperar y amar son vanos. Sin embargo, al mismo tiempo, la persona experimenta un profundo desce de Dios, hecho incluso más doloroso por su aparente ausencia. Todo esto es una fuente de gran angustia aún cuando la persona continúe con una vida intensa de oración y permanezca fiel a los deberes ordinarios de la vida cotidiana.

En su amor providencial, Dios permite estas pruebas; y muy duras para aquellos que manifiesten gran generosidad. Esto lo hace según los dones y la vocación de cada uno, según la particular misión a que haya sido llamado y según el grado de caridad que desce para la persona en cuestión. El fiel y amoroso sobrellevar estas pruebas o "noches" tiene como resultado una fe, esperanza y amor de Dios y del prójimo más profundos, una más profunda unión de amor con Dios, una mayor santidad.

Las vidas de algunos santos y santas revelan cómo incluso cuando se ha alcanzado una profunda unión con Dios, se pueden experimentar intensas pruebas espirituales. En este estadio, el propósito principal del sufrimiento ya no es la purificación, si no más bien una participación amorosa en el sufrimiento redentor de Cristo que produce fruto en la misión y el apostolado de la persona. El alma entra mucho más íntimamente en la experiencia misma de Cristo en la cruz. Este íntimo compartir con Jesús tiene el efecto radiante de acercar a los demás a Dios. Tal modo de amar

puede encontrarse en las vidas de algunos santos. Los sorprendentes ejemplos incluyen a San Pablo de la Cruz, San Alfonso de Liguorio y Santa Teresita de Lisieux. Veremos también este modo de amar en la vida de Madre Teresa, quien a través una intensa prueba espiritual entró más profundamente en Jesús gran anhelo, “su dolorosa sed,” por amor al Padre y a las almas.

1. 1. “Solo la fe ciega me conduce”

Ya como joven religiosa, Madre Teresa pasó por momentos de sufrimiento espiritual. Ella misma allude a ello por primera vez en 1937, poco antes de hacer sus votos perpétuos. Había confiado en Dios cuando atravesaba esa dolorosa experiencia espiritual y había descubierto cómo ésta había hecho más profundo su amor por Jesús Crucificado. Incluso entonces, había conseguido esconder su lucha interior de tal modo que sus mismas compañeras pensaban que estaba casi libre de sufrimiento. Aunque resulta difícil conocer la exacta naturaleza y la duración de lo que Madre Teresa soportó en el período de su vida comprendido entre los 20 y los 30 años, la oscuridad, como ella la llamaba, ciertamente le permitió avanzar sin problemas en su camino espiritual.

El voto que hizo en 1942 de no rechazar nada a Dios^[1] es un ulterior signo de cómo su unión con Jesús crecía en profundidad, de modo especial, al nivel de su voluntad. Varios años después del voto, durante el período de las locuciones y las visiones, su director espiritual confirmaba un ulterior crecimiento: su unión con Nuestro Señor era tan continua que esperaba que tuviese pronto la experiencia de la oración extática. Cuando Madre Teresa cambió Loreto por las calles de Calcuta, estaba sostenida por las intensas consolaciones espirituales de los meses que rodeaban su inspiración. La alegre luz de la íntima unión con Él no iba a durar. Fue sustituida por una oscuridad espiritual que iba a formar parte integral de toda su vida como Misionera de la Caridad.

Cuando Madre Teresa se dió cuenta del cambio que se había producido en su alma, habló de ello con P. Van Exem. Se confió también con el Arzobispo Périer: “Deseo con un deseo doloroso pertenecer totalmente a Dios; deseo ser santa de tal manera que Jesús pueda vivir plenamente su vida en mí. Cuanto más lo deseo [a Jesús], menos soy deseada. Deseo amarle como nunca ha sido amado – y sin embargo existe esta separación, este terrible vacío, este sentimiento de la ausencia de Dios”.

Después de algún tiempo, Madre Teresa reveló al Arzobispo que no solo no había sentido ningún alivio, si no que la oscuridad se estaba volviendo más “densa” y más difícil de soportar. Se asombraba por la contradicción existente en su propia alma: la aparente ausencia de fe, esperanza y amor y de Dios mismo. Al mismo tiempo, sufría un intenso y torturante deseo de Dios. En una carta, revela su angustia, su lucha y al mismo tiempo su total abandono en Dios: “existe tanta contradicción en mi alma: por un lado un deseo tan profundo de Dios –tan profundo que es doloroso, un sufrimiento continuo – y sin embargo no querida por Dios, rechazada, vacía, sin fe, sin amor, sin celo. Las almas no me atraen. El cielo no significa nada; me parece un lugar vacío. El pensamiento [del cielo] no significa nada para mí y con todo, este torturante deseo de Dios. Por favor, rece por mí para que pueda continuar a sonreírle a pesar de todo. Por

^[1] Ver “El Alma de Madre Teresa: Aspectos ocultos de su vida interior. (Parte 1):

que, soy solo suya, y Él tiene todos los derechos sobre mí. Me siento perfectamente feliz de no ser nadie, incluso para Dios”.

La experiencia de la oscuridad continuó. “Si supiese lo que estoy pasando ... pero no reclamo nada para mí. Es libre de hacer lo que quiera. Recé para que continúe sonriéndole”. A veces la angustia de Madre Teresa por Dios era tan grande que comparaba su sufrimiento al de los condenados al infierno. “Dicen que la gente que está en el infierno sufre dolor eterno a causa de la pérdida de Dios; soportarían todo ese sufrimiento si tuviesen solo una mínima esperanza de poseer a Dios. En mi alma siento ese mismo terrible dolor de la pérdida, que Dios no me quiere, que Dios no es Dios, que Dios no existe realmente”. Si bien estos sentimientos eran terribles, continuaba a haber, por otra parte, el mismo abandono: “La oscuridad es tan oscura y el dolor tan doloroso, pero acepto cualquier cosa que Él me done y le doy cualquier cosa que Él me pida”.

Una actitud de abandono – en conformidad con su voto del 1942- iba a ser la característica de la respuesta de Madre Teresa a lo largo de todos los años de su dolorosa experiencia: “Con alegría lo acepto todo hasta el fin de mi vida”. Aunque una pregunta del todo normal nacía en su corazón, “me pregunto qué consigue Él de todo esto – cuando no hay nada en mí”, Madre Teresa estaba convencida de que Dios mismo era de alguna manera la causa de ello. “No sabía que el amor podía hacerle sufrir tanto a uno. Aquel era sufrimiento por la pérdida, éste es de desecho – de dolor humano pero causado por el divino”. Y de esta forma repite su prontitud para aceptar la voluntad de Dios: “Sé que deseo de todo corazón lo que Él desee, como lo desee y durante el tiempo que lo desee. Sin embargo, Padre, esta ‘soledad’ es dura. La única cosa que me queda es una profunda y fuerte convicción de que la obra es suya”. Ciertamente, esta profunda convicción de que la obra era de Dios le dió la capacidad de soportar la oscuridad sin fin. “Estoy más convencida de que la obra no es mía. No dudo que fuiste Tú quien me llamó con gran amor y fuerza. Fuiste Tú... eres Tú incluso ahora”.

Madre Teresa, tan famosa por su fe como la roca, su invencible esperanza y su amor ardiente, estaba sin embargo unida a Dios sin esa dulzura de la que todos, incluso sus Hermanas, presumían que gozaba. Más bien, la ausencia de ésta, la forzaba a seguir su camino solo en la fe. Su petición de oraciones, que repitió a lo largo de toda su vida, tiene más sentido a la luz de su dolor oculto. “Por favor, recé especialmente por mí para que no estropee la obra de Dios”. La vida de Madre Teresa es un impactante testamento de pura fe. Por la fe, ella vió la mano de Dios en todo lo que sucedía dentro y alrededor de ella. Por la fe se consideraba a sí misma como “un pequeño lápiz en sus manos”.

El más profundo y ciertamente el más doloroso aspecto de su lucha fue la dura prueba del amor. Ella sentía más agudo el dolor de la separación debido al hecho de que la intimidad y la unión con Dios que había experimentado antes y durante el tiempo de la Inspiración^{2[2]} había sido continua y profunda. Sin embargo, aunque esta experiencia era dolorosa, su deseo de “amarle como nunca haya sido amado antes” permaneció invariable. Una carta a P. L. T. Picachy, S.J., su director espiritual en ese tiempo recoge su respuesta: “He estado a punto de decir, ‘No.’ Ha sido muy duro. Ese terrible deseo continua creciendo y siento como si algo estuviese a punto de romperse dentro de mí cualquier día. Y entonces esa oscuridad, esa soledad, ese sentimiento de terrible soledad. ... Y sin embargo, deseo a Dios. Deseo amarle con cada gota de vida que hay en mí. Deseo amarle con un profundo y personal amor”. Una respuesta tan desinteresada al incesante desafío condujo a Madre Teresa al más alto grado del amor.

“Desde el tiempo en que la obra empezó”, la oscuridad fue la “compañera de viaje” de Madre Teresa. Sus cartas escritas entre 1950 y 1970 expresan el incesante

^{2[2]} El alma de Madre Teresa: Aspectos ocultos de su vida interior. (Parte 1)

dolor que sentía en su deseo de Dios. Al principio de los años 60 ella empezó a entender con agradecimiento su significado en su vida y el papel que la oscuridad personal jugaba en su misión con los más pobres entre los pobres, pero la experiencia nunca disminuyó. La oscuridad y su nada eran todavía temas de los que trataba con sus directores espirituales durante la década de los años 70 y 80. En las pocas cartas conservadas de esos años manifestaba la intensidad de su sed por Jesús, su dolor por ver el sufrimiento de los pobres y su gratitud por que, en su nada, puede ser pobre como Jesús fue pobre y, a través de su pobreza puede hacer que las almas le amen a Él. A menudo hablaba, solo dos años antes de su muerte, del maravilloso regalo que había recibido de Dios de ser capaz de ofrecerle la vaciedad que sentía. Por lo que se sabe, Madre Teresa permaneció en ese estado de fe “oscura” y de total abandono hasta la muerte.

2. 2. La comprensión que Madre Teresa tenía de su oscuridad

Vaciamiento total de sí misma

La correspondencia de Madre Teresa durante la década de 1950 y de 1960 indica que, a veces, ella entendía su “oscuridad interior” como el modo que Dios tenía para vaciarla de sí misma completamente. “Él quiere asegurarse de vaciarme de mí de cada gota de mí misma”. En 1957 escribió a P. Picachy, “Si solo supiese lo que estoy pasando. Está destruyéndolo todo dentro de mí, pero, como no reclamo nada para mí misma, es libre de hacer cualquier cosa. Recé por mí para que continúe sonriéndole”.

Identificación con Jesús en su pasión

Madre Teresa llegó también a entender esta prueba como una oportunidad de compartir los sufrimientos de Cristo, que cargó sobre sí los pecados de la raza humana y se ofreció a sí mismo como sacrificio al Padre para la redención del mundo. Cargado con las iniquidades de todos nosotros, exclamó desde la Cruz, “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”^{3[3]} En la agonía de su amor no correspondido por los hombres gritó “Tengo sed”^{4[4]}.

Progresivamente, el abandono de Madre Teresa y el intenso y doloroso deseo de Dios se convirtieron en su modo de unión e identificación con su Amado en su agonía en la Cruz. “Para mi meditación estoy usando la Pasión de Jesús. Me temo que no hago meditación si no solamente miro a Jesús sufrir y repito continuamente, ‘Permíteme compartir contigo este dolor!’”^{5[5]} Ella entendió la oscuridad que estaba experimentando como una participación mística en los sufrimientos de Jesús: “Padre, yo no estoy sola. Tengo su oscuridad. Tengo su dolor”. Porque era suyo [de Jesús], sentía también alegría: “Hoy sentí realmente una profunda alegría porque Jesús no puede pasar nunca más su agonía, pero quiere pasarla en mí. Más que nunca, me abandono a Él. Sí, más que nunca estaré a su disposición”.

Compartir la Pasión de Cristo tomó una forma concreta en la vida de Madre Teresa in el modo como aceptaba cualquier forma de sufrimiento como un regalo de Dios y como un modo de demostrarle, por parte suya, su amor a Él. De hecho, con el crecimiento en intensidad de la prueba, creció en el mismo modo la generosidad de su amor. En un momento de gran dolor interior, con un total olvido de sí misma, exclamó,

^{3[3]} Mt. 27,46.

^{4[4]} Jn. 19,28.

^{5[5]} Esta línea pertenece a la bien conocida oración, “Stabat Mater,” dirigida a Nuestra Señora al pie de la Cruz.

“¿Cuando me pediste imprimir tu Pasión en mi corazón, es esta la respuesta? Si esto te trae gloria, si consigues una gota de alegría de esto, si se acercan almas a ti, si mi sufrimiento sacia tu sed – aquí estoy, Señor. Con alegría lo acepto todo hasta el fin de la vida y sonreiré a tu Rostro Escondido – siempre”.

Identificación con los pobres – La parte espiritual de su apostolado

Después de haber soportado más de una década de “oscuridad” y encontrando que crecía en intensidad y más difícil de soportar, Madre Teresa recibió un nuevo apoyo. Con la ayuda de Padre J. Neuner, S.J., llegó a entender la oscuridad como “la parte espiritual de su apostolado”. Tal y como le escribió a él, “He llegado a amar la oscuridad, pues ahora creo que es una parte, una muy pequeña parte, de la oscuridad y del dolor de Jesús sobre la tierra. Usted me ha enseñado a aceptarla como el ‘lado espiritual de “su obra,”’ como usted me escribió”.

Poco después de haber recibido esta nueva intuición, Madre Teresa comenzó a comunicarlo a sus Hermanas. En 1961 escribió una carta general en la cual las animaba a aceptar sus pruebas y dolores como una parte esencial de su vocación para compartir la obra de redención de Jesús. La autoridad de sus palabras venía de su experiencia vivida: “Sin el sufrimiento, vuestro trabajo sería un trabajo social – muy bueno y de gran ayuda, pero no sería el trabajo de Jesucristo, no sería parte de la redención. Jesús quería ayudarnos compartiendo nuestra vida, nuestra soledad, nuestra agonía y nuestra muerte. Todo lo que ha cargado y llevado sobre sí mismo en la noche más oscura. Solo siendo uno con nosotros nos ha redimido. A nosotras se nos permite hacer lo mismo. Toda la desolación de la pobre gente, no solo su pobreza material, si no también su indigencia espiritual debe ser redimida y nosotras debemos tener nuestra parte en ello... Compartamos el sufrimiento de los pobres, pues solo siendo uno con ellos podemos redimirlos, es decir, traer Dios a sus vidas y traerles a ellos a Dios”.

El amor de Madre Teresa alcanzaba también otro aspecto de la pobreza y del dolor humano. Muy a menudo, se le oía decir que la mayor pobreza es “no ser deseado, no ser amado, solo, no ser cuidado”. Aparece ahora con evidencia cómo su extraordinaria sensibilidad hacia el sufrimiento emocional y espiritual y su capacidad de amor y compasión estaban enraizadas en su propia experiencia interior. Incluso cuando experimentaba un fuerte dolor interior, su atención estaba completamente fija en los demás y en sus respectivos sufrimientos. Mediante una caricia delicada, una palabra amable, un pequeño servicio o mediante una simple sonrisa, comunicaba la verdad de que “Dios te quiere, Dios te ama, Dios está contigo, Dios cuida de ti”. En una palabra, “Dios tiene sed de ti”.

3. 3. El significado de la oscuridad de Madre Teresa

Para los que están familiarizados con el misticismo cristiano, este aspecto de la vida espiritual de Madre Teresa no debería parecer una sorpresa. La misma Madre Teresa exclamó que era un vaciarse de sí misma, del egoísmo que impide la unión con Dios. Lo que es distintivo, sin embargo, es que, esta experiencia de oscuridad viene después de que ella hubiese alcanzado un altísimo grado de unión con Dios. Ella misma testimonia a sí misma su fuerte unión con Dios. “Siento deseo de Dios. Deseo amarle con cada gota de vida que hay en mí. Deseo amarle con un profundo amor personal. No puedo decir que estoy distraída; mi mente y mi corazón están habitualmente en Dios”. Su unión era no al nivel de los sentimientos, sino de la mente y de la voluntad: “Sé que

tengo a Jesús en esa unión ininterrumpida, pues mi mente está fija Él y solo en Él – en mi voluntad”.

Es también significativo que una cierta luz le llegase cuando entendió que, por su sufrimiento interior compartía el sufrimiento redentor de Cristo por el bien de los demás. Madre Teresa afirmó que la finalidad de las Misioneras de la Caridad, y por lo tanto también su misma finalidad, era la de saciar la infinita sed de amor y de almas de Jesús en la cruz, trabajando para la salvación y la santificación de los más pobres entre los pobres. Vista con esta luz, su larga y dolorosa oscuridad interior toma no solo un nuevo significado, si no que da también el motivo de su total e incluso alegre abandono en ella.

En su experiencia de ser rechazada por Dios, se identifica más y más con su Esposo crucificado en el momento de su supremo sacrificio en la Cruz. La aparente ausencia de Dios que ella experimenta ahora y el recuerdo de su presencia y amor, que había experimentado antes, inflamaron su sed por Él. Su “dolorosa sed” por Él es tan fuerte que puede decir, “Durante este año he tenido muchas oportunidades de saciar la sed de amor, de almas de Jesús. Ha sido un año lleno de la Pasión de Cristo. No sé cuál es mayor, si su Sed o la mía por Él”. La aceptación y la vivencia por parte de Madre Teresa de esta oscuridad fue el medio por excelencia para estar unida y para identificarse con Jesús en la Cruz y para saciar la dolorosa sed de amor y de almas de Jesús. Así cumplió ella la finalidad de su vocación.

4. 4. Alegría – La paradoja de la luz en la oscuridad

Uno de los grandes indicadores de la fe y del amor de Madre Teresa durante su larga y dolorosa oscuridad interior fue su profunda y constante alegría. Ella, sencillamente, irradiaba alegría a los que estaban a su alrededor. Su alegría no era cuestión de temperamento o de una inclinación natural, sino el resultado de la gracia de Dios y de su abandono. Esto requería un consciente y resuelto esfuerzo por su parte. Cuando este esfuerzo era más duro, su sonrisa era más brillante.

Madre Teresa estaba decidida a ser “un apóstol de la alegría” y a difundir la fragancia de la alegría de Cristo dondequiera que fuese. Su amor por Dios era tal que deseaba no solo aceptar la cruz, si no hacerlo con alegría. “Mi segunda resolución del retiro es la de ser un apóstol de la alegría, consolar al Sagrado Corazón de Jesús mediante la alegría. Por favor, pida a Nuestra Señora que me dé su corazón, de forma que pueda con mayor facilidad cumplir su deseo [de Jesús] en mí. Deseo sonreírle incluso a Jesús y de esta forma esconderle incluso a Él, si es posible, el dolor y la oscuridad de mi alma”. Decidió sonreírle a Jesús cada vez que se le quitaba algo. “Le doy una gran sonrisa en cambio. Gracias a Dios que Él todavía se abaja a tomar algo de mí”.

Aunque el deseo de Madre Teresa de “esconder su dolor incluso a Jesús” era, por supuesto, irrealizable, consiguió si embargo esconderlo con éxito a los demás, incluso a los más cercanos a ella. “A veces el dolor es tan grande que siento como si todo fuese a romperse. La sonrisa es un gran manto que cubre una multitud de dolores”. Su amor desinteresado se concentraba en irradiar “su amor, su presencia, su compasión”. Una sencilla sonrisa era uno de sus modos favoritos de hacerlo.

Madre Teresa tenía el don de comunicar el amor de Dios a los demás. Irradiaba la alegría de amar a Jesús incluso en medio a las más duras luchas. Después de un breve encuentro con Madre Teresa, aquellos que estaban desanimados o desesperados se iban llenos de consolación y esperanza. A sus Hermanas escribió, “Recordad que la Pasión

de Cristo termina siempre con la alegría de la Resurrección, de forma que cuando sentís en vuestro corazón el sufrimiento de Cristo, recordéis que la Resurrección tiene que venir, que la alegría de la Pascua tiene que alborcar. Nunca dejéis que nada os llene tanto de tristeza que os haga olvidar la alegría de Cristo Resucitado!”

CONCLUSIÓN

En el mundo de hoy, Madre Teresa se ha convertido en un signo del amor de Dios. A través de ella, Dios ha recordado al mundo su intenso amor – su sed – por la humanidad y su deseo de ser amado en cambio. Este artículo ha presentado alguno de esos aspectos escondidos que estaban en la raíz de de la extraordinaria influencia de Madre Teresa en el mundo. Su voto del 1942 manifiesta su acto de total y amoroso abandono a cualquier cosa que Dios pudiese pedirle. Este voto preparó el camino para la llamada de 1946, cuando Jesús le pidió directamente que saciase su sed de amor y de almas llevándole a los pobres y conduciendo a los pobres hasta Él. Madre Teresa abrazó de todo corazón su nueva vocación, viviéndola con gran amor y alegría. Solo muy poca gente tuvo noticia alguna de la “la oscuridad interior” que ella aceptó con mucho gusto por amor a Dios y a la incontable gente a la que ella tocó con su compasión. Juntos, estas tres características de la vida espiritual de Madre Teresa- su voto de no rechazar nada a Dios, la experiencia mística que rodeó su Inspiración, y su prolongada oscuridad espiritual - indican una profundidad de santidad anteriormente desconocida y la colocan en el rango de los grandes místicos de la Iglesia.